

peum. Yo me contenté con decir que cualquier rumbo me parecía bien con tal de hallar lecho muelle para ella, que ya tenía los ojos pesadicos de sueño y el cuerpecito cansado con la dulce fatiga de amar en la ternura de sus años. Nos acomodamos en litera de cortinas recogidas, y nubios ciclópeos nos llevaron en rítmica prisa. Al pasar por el *Serapeum* Gissing entró a conocer la famosa estatua venida del Ponto por sí misma cuando los pontinos se negaron a dársela a Ptolomeo Sóter que la pedía para rendirle culto especial en la ciudad que heredara de Alejandro, de quien era hermano bastardo. El clavel moreno dormía en mi regazo y no me quise mover. Pero cuando la dejé en casa, en el *Regio Judaeorum*, al cuidado de una Sarah israelita, anciana maternal, me di al guía para caminar por la ciudad.

Las dos calles que he dicho, paralelas a las cuales corren todas las demás, tienen un ancho de doscientos pies cada una, y a uno y a otro lado de ellas se levantan, suntuosos, los palacios y edificios públicos. De este a oeste la ciudad medirá bastante menos de cuatro millas, y de norte a sur una milla escasa. Es, pues, oblonga. Al norte la baña el Mediterráneo, al sur el lago Mareótides formado con aguas del Nilo. De los cuatro cantones, uno lo pueblan griegos en su mayoría, otro judíos, otro egipcios. En el cuarto hay una mescolanza de italianos y naturales de Libia, de Cilicia, de Etiopía, de Arabia, de Persia; ni faltan, según voy viendo, hombres hoscos y magros de la India, y bactrianos y escitas. Con todo, la ciudad es de un orden admirable. "Fue a Dinócrates, el arquitecto que reconstruyera el Templo de Diana en Efeso, a quien Alejandro Macedonio encargó hacer el trazo de la ciudad", me dice el guía.

"Me gustaría",—le dije mientras hablábamos de los griegos,—"me gustaría una casita griega donde ella y yo pudiésemos estar contentos y vivir enteramente como griegos".

"A mí también lo griego me interesa",—dijo el guía.—"Pero será preciso saber primero si ha de ser ella esposa tuya o si tiene por suerte la de la hetaira".

"En la civilización griega",—explicó el guía,—"legisladores y moralistas han pretendido establecer, no sin cierto éxito, dos categorías de mujeres con referencia a su relación para con el hombre que aman: la esposa, cuyo primer deber es fidelidad absoluta, y la hetaira, que vive de amores fugitivos. Es de la esposa, en su reclusión del gineceo, de quien Tucídides dice que el mayor mérito de la mujer es que no se hable ni en bien ni en mal de ella. La tortuga sobre la que Fidias ha representado a la Afrodita Urania, también significa la vida reclusa de la esposa virtuosa. En Jenofonte tenemos un cuadro doméstico encantador. El marido recibe en sus brazos esposa de quince años, absolutamente ignorante del mundo y de las cosas mundanas. Él le habla con suavísima bondad, pero en frases como las que les decimos a los niños. Su tarea, le ex-

plica, es ser como la reina de las abejas, metidita siempre en casa dirigiendo la labor de sus esclavas, a quienes ha de señalarles a diario sus faenas. Se empeñará en ser económica. Sobre todo, deberá tenerlo todo en orden, el calzado, los trastos de la cocina, las diversas ropas, cada cosa en su lugar. También es, le dice, parte de sus deberes, atender a sus esclavas cuando enfermen. ¡Sí!,—exclama ella,—y será el más agradable de mis quehaceres, si aquellas a quienes trate con bondad se muestran agradecidas y me aman más que antes. Y delicadamente, evitando cuanto pueda sonar a reproche, la persuade de que deje de usar calzado de tacón alto, para parecer alta, y de pintarse el rostro con bermellón y con blanco de plomo, prometiéndole que, si cumple fielmente con sus oficios, él será el más obediente de sus esclavas. También Aristóteles, en el capítulo séptimo del libro primero de su *Economía*, nos ha dejado un lindo cuadro del carácter de la dócil esposa.

"Platón, es cierto, arguyó que la mujer era igual al hombre. Pero las costumbres y los sentimientos de su pueblo han rechazado tal idea. El casamiento lo han considerado siempre los griegos a la luz del civismo, como medio para producir nuevos ciudadanos, y en Esparta se ordenaba antaño que los maridos incapaces de preñar a sus esposas las debían ceder a hombre de mayor vigor. En la historia de Grecia rara vez aparecen los nombres de mujeres virtuosas. La sencilla modestia de la esposa de Foción cuando su marido ocupaba el más elevado puesto en Atenas, ha sido recordada, así como uno que otro ejemplo de amor conyugal y de amor filial; pero generalmente las mujeres que han atraído la atención pública griega han sido cortesanas.

"Para entender la posición que han asumido en la vida griega las hetairas, hay que comprender el concepto griego de la excelencia, que es el desarrollo amplio y perfecto del hombre en todos sus órganos y funciones, sin pizca de ascetismo. Algunas partes de la naturaleza humana se consideran más elevadas que otras; por tanto, permitir que los apetitos bajos oscurezcan el intelecto, tuerzan la voluntad, o dominen las energías todas de la vida, se juzga cosa vergonzosa. Pero la represión sistemática de todo apetito natural es algo enteramente extraño a todas las maneras de pensar de los griegos. Los legisladores, los moralistas, y la voz pública, han aplicado estos principios sin reserva a las relaciones sexuales, y los hombres más virtuosos han tenido y tienen relaciones habituales y abiertas que a mí me disgustan grandemente. Yo soy egipcio, ya te lo he dicho; natural de Licópolis, donde aún conservamos antiguas costumbres".

"Lo que conversamos me recuerda, amigo Plotino",—díjeme—"una anécdota de un poeta centroamericano. Yo soy centroamericano, ¿sabes? Yo soy atlántida. Este poeta tenía nombre persa. Se llamaba Darío. Pero era moralmente griego. Se hallaba en

París con otro poeta, también atlántida: Mayorga-Rivas. Suena a hindú el nombre, ¿verdad? Se habían encontrado con unas amazonas yanquilandesas en el bosque de Bolonia, y se las habían llevado a un hotelito de las afueras. De repente la que le había tocado a Darío comenzó a dar voces. Temeroso de un escándalo el del nombre hindú, corrió a ver qué era el motivo. La amazona decía que ella estaba dispuesta a todo cuanto fuese natural, pero que a lo que Darío quería, no, ni por el oro de Cresos. ¿Qué es esa depravación? le preguntó, amonestándolo, Mayor-Rivas. Y Darío respondió: ¿Depravación? ¡No síaj chocho! ¡Qué bien se ve que no soy griego!"

"La experiencia parece demostrar,"—prosiguió Plotino después de celebrada la anécdota,—"que muchas sociedades otorgan toda licencia sexual a un sexo, prohibiéndosela, sin embargo, al otro sexo. Entre los griegos muchas circunstancias han conspirado para colocar a cierta clase de cortesanas en una posición que en otros lugares no han tenido. El voluptuoso culto de Afrodita le da a su profesión una especie de espíritu religioso. Cortesanas han sido las sacerdotisas de sus templos. De las de Corinto se dice que por sus ruegos se evitaron graves males que amenazaban a la ciudad. La prostitución ha sido parte de los ritos de Chipre, de Mileto, de Tenedos, de Lesbos. Leía el otro día que la voz latina *venerari* se deriva de *venerem exercere*, por las devociones del templo de Venus⁽¹⁾.

"Luego",—continuó el erudito guía,—"hay que considerar el intenso entusiasmo estético de los griegos. La suma perfección de las formas la celebra el pueblo. Jamás ha sido la belleza en todas sus manifestaciones objeto de culto tan profundo y tan extenso. Le da color hasta a la enseñanza moral, y he aquí que, para el griego, la virtud no es sino la forma más elevada de la belleza suprasensual. Belleza es el fin de la moral griega. Belleza es la regla, suma de todas las reglas, del arte griego. Bellos hijos es la súplica que la madre griega les dirige a sus dioses. Al individuo bello rodealo, entre ellos, una aureola de reverencia. Con frecuencia lo más bello es la hetaira. Hetaira era Friné, modelo de Fidias. Hetaira Laís, modelo y concubina de Apeles. Éste, habiéndose enamorado de una esclava de Alejandro, la recibió del amo del mundo como el mejor de los regalos. El amor que le tuvo a pequeña putita, Glycera, vendedora de flores y de sus propias frutas, hizo del más célebre pintor de flores de la antigüedad lo que fue. Píndaro y Simónides cantaron las alabanzas de las cortesanas, y los filósofos más graves a quienes reverencio, hacían peregrinaciones para visitarlas.

"Es que la cortesana, dueña de su libertad, ha sido la mujer que ha podido realzar con gracias del espíritu las gracias corporales. Aspasia pudo ganarle el corazón a

(1) Véase: Vossius, *Etymologicum lingual latinal*, "veneror"; y Lamothe le Vayer, *Lettre x c*.